

tia que pudiese vivir en Roma, no oculto, sino á la vista de todo el mundo, protegido por el papa y siendo amigo personal suyo, un hombre como Valla, que defendía las doctrinas de Epicúro contra el cristianismo, el historiador y político que atacaba al papado con expresiones durísimas y hasta insultantes, el teólogo al cual las opiniones clericales merecían solo una sonrisa y que estaba siempre pronto á dudar de la verdad de los dogmas de la Iglesia.

Mateo Vegio, natural de Lodi, que figura como interlocutor en el diálogo *De voluptate*, de Valla, según dijimos en su lugar, había llegado á ser catedrático de poesía y jurisprudencia en la universidad de Pavía, pero en el pontificado de Eugenio IV pasó á Roma, donde se hizo fraile agustino y donde murió. Sus ideas no eran tan atrevidas y radicales como las de Valla, pero en sus obras se mezclan las ideas antiguas con las cristianas sin ningún perjuicio para su condición eclesiástica y monacal. Escribió una obra voluminosa en cuatro libros, sobre la vida de San Antonio, y también una continuación de la Eneida, de Virgilio. Dedicó la primera al papa, «al varón santo, digno de historias santas,» diciéndole que en la obra que le dedicaba no encontraría «mentiras, propias de los poetas de la antigüedad,» y que en lugar de hablar de los dioses falsos, Júpiter y Febo, solo habla de Jesucristo único y verdadero. En cambio, en el libro XIII que añade á la Eneida, trata de la sumisión de los rutilos á Eneas, después de la muerte del rey Turno, muerte que lamentan Latino y Dauno; del casamiento de Eneas y de la felicidad que encuentra en el matrimonio. Todo esto canta el autor de la Vida de San Agustín como si fuese un clásico antiguo que jamás hubiera oído hablar de la religión cristiana y con todo el aparato mitológico de dioses y diosas, como no lo habría hecho con más naturalidad el mismo Virgilio. Esta singular pero entonces natural mescolanza se encuentra también en otras obras del mismo autor, gran amante no solamente de la fábula de Eneas, que le interesaba como patriota italiano, sino también de todas las demás fábulas, cuentos y tradiciones de la antigüedad. Así escribió varios poemas heroicos: uno que trata de la muerte de Astianax, el infortunado hijo de Andrómaca y Héctor, y otro que describe la expedición de los argonautas (*Velleris aurei libri quatuor*), en los cuales figuran y desempeñan gran papel, por cierto á menudo harto mundano, los dioses antiguos, y sobre todo la Minerva de Atenas (*Palas Atene*). Estas obras poéticas y gentílicas no impiden que dedique su ingenio y pluma á otras obras cristianas, dignas compañeras de su Vida de San Agustín, como su descripción piadosa y docta de la antigua catedral de San Pedro, obra importante, porque poco después fué derribada esta basílica para ser reemplazada al poco tiempo por la catedral actual. También escribió la vida del gran predicador, exhortador á la penitencia, Bernardino de Sena; tradujo varios salmos en versos latinos, que dedicó en términos conmovedores á Santa Mónica, madre de San Agustín. Estas obras religiosas, todas en verso, dieron á Vegio un lugar distinguido entre las lumbreras de la Iglesia en la Edad media, pero más importancia como cristiano y teólogo celoso le dieron sus trataditos en prosa sobre las cuatro postrimerías del hombre, muerte, juicio, infierno y gloria, y sobre la firmeza en la fe, en que enseña y recomienda la sumisión obediente á los castigos que Dios nos envía y la paciencia para soportar las desgracias originadas por los hombres. Mateo Vegio era un genio á la vez sinceramente religioso y moderno, al cual la religión no le cegaba hasta el grado de desconocer lo que el hombre debe á sí mismo, á su cuerpo, á su inteligencia y á su posición entre sus semejantes, conforme lo probó con su tratado sobre la educación de los hijos (*De liberorum educatione*),

obra muy religiosa y devota, en que citando á cada paso como ejemplo á Santa Mónica, sostiene en el alto puesto que merece lo que era el ideal de la civilización en su época; pide que á la educación moral se una la corporal y la intelectual, es decir, la gimnasia y las letras humanas; distingue entre la educación que conviene á los niños y la que debe darse á las niñas; se muestra contrario á la tendencia de muchos de sus contemporáneos de hacer mujeres doctas, y para los niños aconseja la enseñanza de la elocuencia, del respeto á la poesía, y para libro de lectura, á Virgilio, con el fin de acostumbrar á la juventud á expresarse en las formas correctas y clásicas, pero sin caer en el extremo de usar vocablos y expresiones arcaicas, ni llenarse la cabeza de etimologías erróneas, ni otras ridiculeces y vicios lingüísticos. Respecto del afán de explicar las palabras etimológicamente, cuenta el caso ridículo de un gramático que quiso corregir el nombre del buque veneciano *Bucentauro*, diciendo que debía llamarse *Bucentorium*, palabra compuesta de *bucis* y *centum*, y que viene á significar «con cien bocas,» porque un príncipe va siempre acompañado de una cohorte de parásitos.

El afán de expresarse correctamente en latín era común á todos los literatos del Renacimiento y llevado por muchos hasta el último extremo. Contra este purismo exuberante escribió Flavio Biondo, amante del buen latín como el primero, pero que no quería sacrificar la claridad á una corrección pueril, como sucedía, por ejemplo, á los autores que llamaban *imperator*, como lo requiere el antiguo latín, á todo jefe supremo de cualquier ejército. Hablando de las nuevas armas de fuego, que explica muy bien, se sirve de la palabra *bombarda*, que nada tiene de clásica, solicitando la indulgencia de los latinistas en vista de su utilidad. Igual raciocinio y conducta observa respecto de los asuntos históricos, y se pronuncia en favor de fomentar la Roma é Italia modernas sin perjuicio de venerar al imperio romano antiguo y su capital, sacrilegio enorme á los ojos de sus contemporáneos doctos. «No comparto, decía, la opinión de aquellos que desprecian la ciudad actual, como si con las legiones, los cónsules, el senado, la magnificencia del Capitolio y del Palatino hubiese desaparecido todo lo notable de Roma, cuya fama y majestad se mantienen erguidas y cimentadas sobre bases más sólidas que aquellas grandezas.»

Estas palabras se encuentran al fin de la obra: *Roma restaurada* (*Roma instaurata*), que publicó en 1447, y á la cual hizo seguir en 1459 otra titulada: *Italia ilustrada*, y cosa de un año después, otra con el título de: *Roma triumphans*. La primera, que fué presentada al papa Eugenio por su autor, contiene la descripción científica de la Roma antigua y moderna, sin la balumba oratoria que los pedantes y partidarios fanáticos de la antigüedad habrían creído indispensable añadir. Únicamente se permitió intercalar alguna que otra lisonja al papa al hablar de los monumentos que este había restaurado. La segunda obra, complemento de la primera, estaba dedicada al rey Alfonso de Nápoles, el gran protector de las letras humanas. No se juzgó bastante capaz para redactar con la debida elegancia la dedicatoria destinada á príncipe tan instruido, por cuya razón encargó la redacción al eminente estilista Francisco Barbaro, protector suyo, y al cual servía Biondo de secretario. Esta obra contiene una descripción de Italia, dividida en las 14 regiones antiguas, con la de las ciudades y cosas notables y alusiones á las circunstancias del tiempo en que la publicó el autor. En estas adiciones discute la conveniencia de que los soberanos sean personas aficionadas á las ciencias y al estudio, y no se olvida de hablar de sí mismo y de su familia cuando se ofrece la ocasión. La tercera obra es una exposición de la organiza-

ción política, religión y costumbres de los antiguos romanos. El papa Pio II, al cual estaba dedicada, dijo de ella que era obra de mucho trabajo y de muchas veladas (*multarum lucubrationum opus*). En las tres obras se trasluce el entusiasmo y profunda veneración del autor por los gloriosos, pero melancólicos restos de la Italia y Roma antiguas, á la par que su ira por su profanación inicua y destrucción bárbara, y maldice á los «que arrancaron los mármoles y otras piedras de construcciones monumentales para emplearlas en fábricas ruines.»

La obra principal de Biondo, y á la cual debe su gran fama, es su *Historia del imperio romano*, desde el año 412, año memorable por la ocupación de Roma por los godos, hasta el 1440, es decir, que venía á ser lo que entonces se creía historia universal y lo que para nosotros es una historia de la Edad media. El título es: *Historiarum decades tres ab inclinazione imperii Romani*. Merece llamar la atención que Biondo eligiera para lucirse este período (1) en una época en que todos los hombres de letras solo hablaban de la antigüedad y en que el mundo en general, solo se interesaba por los sucesos contemporáneos. A esto se limita casi también el mérito de la obra, porque algunos datos importantes que contiene no están completamente probados, mientras el lenguaje carece de gracia y de elegancia. La distribución del material, por orden rigurosamente cronológico, cansa al lector, y el estilo es más propio de un cronista que de un historiador filósofo y crítico. Verdad es que el autor critica la indolencia y superficialidad de los escritores que consultó; que se queja de la omisión de nombres propios que cometen muchos historiadores, y de las contradicciones en que caen, y cita algunas de escritores contemporáneos en su historia de Enrique VII, pero en cambio no obedece en ninguna parte de su obra á un principio fijo, ni tiene norma ni meta alguna; manifiesta su simpatía y su aversión, pero nunca les da un motivo crítico, y con todo su amor á la justicia y á la verdad, admite fábulas y relaciones parciales. Apenas dedica alguna que otra mención á los hombres de letras más notables, excepto á Petrarca, del cual habla repetidas veces, refiere su coronación entre otros sucesos políticos, y utiliza sus cartas como comprobantes, diciendo en un pasaje: «Todo esto no aseguráramos si no lo confirmase Francisco Petrarca, que lo presencié.»

Favio Biondo había nacido en Forlì; vivió mucho tiempo en Milán, en Bérgamo y en Roma, en esta última ciudad como secretario del distinguidísimo Francisco Barbaro, y tan estrecha era su relación con Eugenio IV que acompañó á este papa al destierro y á su muerte se ausentó de Roma. Esto explica por qué no consiguió hacerse propicio el nuevo pontífice Nicolás, al cual tampoco debió de ser simpático porque no poseía el griego. En cambio los papas sucesivos, en especial Pio II, distinguieron al modestísimo sabio y hombre modelo en su vida privada.

CAPITULO VIII

ENEAS SILVIO PICCOLOMINI (PIO II) Y EL PAPADO HASTA FINES DEL SIGLO XV

Sucesor de Nicolás V fué Calixto III, cuyo pontificado duró desde 1455 hasta 1458, sin ofrecer nada de particular bajo ningún concepto, ni para el mismo papado, á pesar de su celo para organizar una nueva cruzada, ni para el renacimiento de las letras, lo que hizo decir á un humanista que Calixto «fué un eslabón inútil en la serie de los papas.» Su

(1) Que hasta hace poco han rehuido todos los historiadores, por exigir mucho trabajo y dar poca gloria.

única y triste gloria consiste en su nepotismo mal empleado y en haber dispersado en pocos días la biblioteca que Nicolás V había reunido á fuerza de tiempo, trabajo y dinero.

Sucedíole en la sede pontificia Eneas Silvio Piccolomini, que con el nombre de Pio II gobernó la Iglesia desde 1458 hasta 1464. Había nacido en 18 de octubre de 1405 en Corsignano, cerca de Sena, y fué educado parte en esta última ciudad y parte en Florencia. Desde muy joven buscó y encontró colocaciones que le permitieron mantener su familia; como secretario del obispo de Fermo, tomó parte en el concilio de Basilea, del cual fué partidario celoso; luego habiéndole conocido Félix V, fué enviado por este en calidad de embajador á la corte del emperador Federico III en Viena, y cuando ya tenía cuarenta y un años, tomó las sagradas órdenes. Al año siguiente de haberse ordenado fué promovido al obispado de Sena, después volvió á la corte de Federico III en calidad de legado del papa, en 1456 recibió el birrete de cardenal y en 1458 fué elegido papa. Ya en este elevado puesto, dedicó su atención por igual á los asuntos políticos y á los religiosos de la Iglesia, sin que ni en unos ni en otros alcanzara resultados dignos de nota. En los asuntos puramente eclesiásticos fué consecuente con los principios del pontificado, pero no con los suyos propios, pues como particular y como clérigo había sostenido de palabra y por escrito, en cartas y en diálogos hábilmente redactados, llenos de comprobantes históricos, la supremacía incondicional de los concilios, declarando que un concilio solo podía disolverse y trasladarse por su propia voluntad, puesto que no reconocía autoridad superior á la suya. Después siendo papa condenó en bulas violentas como delito de lesa-majestad toda apelación de cualquiera parte que viniera, á concilio alguno. Gloriosa en cambio, aunque estéril fué su actividad política; su gran proyecto de una guerra combinada contra los turcos respondió perfectamente á las circunstancias y á los ideales de su tiempo, lo mismo que su tentativa para convertir al sultán Mahomed al cristianismo por medio de una carta que le escribió, pero el gran congreso de soberanos que á su instancia se reunió en 1159 en Mantua, para concertar la guerra contra los turcos, no produjo ningún resultado. No faltaron discursos tan hábiles como interminables, y también se tomaron algunas resoluciones; pero de todos los soberanos reunidos y coligados solo el papa estaba decidido á cumplir las resoluciones que se adoptaran. Trasladóse á Ancona para ponerse á la cabeza del ejército europeo, que debía reunirse en este puerto, pero allí le alcanzó la muerte, en 15 de agosto de 1464.

Pio II fué uno de los soberanos más instruidos, cultos y hasta doctos que registra la historia, y al propio tiempo uno de los hijos y representantes más genuinos del Renacimiento. A pesar de no ser feliz en política, comprendió, quizás mejor que nadie, la marcha de los sucesos y presintió las transformaciones que serían su inevitable consecuencia, como la formación de reinos fuertes y poderosos sobre las ruinas de los infinitos señoríos, grandes y pequeños, con sus despojos sin carácter, que se alquilaban como caudillos de *condottieri* con su fuerza armada á cualquiera que los pagaba. «Un rey de corazón noble, recompensa todos los méritos,» decía Pio II, partidario de recompensar el mérito, sin exceptuar el suyo, porque ambicionaba ser célebre; le gustaba escuchar las poesías que sus partidarios le dedicaban, y para que se conservasen á manera de comprobantes que debían inmortalizar su nombre, las incluyó en sus escritos, que fueron muchos, porque en su concepto eran más acreedoras á la inmortalidad que sus obras y actos políticos y eclesiásticos. Era entusiasta de la literatura latina antigua y de las glorias del imperio romano, y como tantos otros humanistas, no hizo

caso de la Grecia antigua. Sus admiradores veían en él el representante más activo del nuevo movimiento intelectual y el orador más sublime. No era de aquellos para quienes las letras eran todo; cuando todavía era simple sacerdote dijo en unos versos dedicados a la ciudad de Roma: «Me gusta ver, oh Roma, tus ruinas, porque atestiguan tu pasada grandeza, pero si tus habitantes continúan quemando tus mármoles para hacer cal, no quedará dentro de tres siglos ninguna huella de tu antigua nobleza.» Como pontífice acordó de esto y prohibió por medio de una bula fechada en 28 de abril de 1462, bajo penas severísimas, la destrucción de edificios antiguos; pero lo cierto es que el mismo papa aprovechó columnas y piedras de edificios antiguos de Ostia y Tívoli, y según parece, aunque no esté probado enteramente, también de Roma, para construcciones nuevas.

En algunas de sus obras pinta muy bien a los hombres y al país; siente y admira como un artista la belleza de los paisajes y se deja impresionar por ella con ingenuidad infantil; lo cual no quiere decir que su alma tuviese también la pureza e inocencia del niño, porque, muy al contrario, le gustaban los amores prohibidos y no le asustaba lo obsceno, como puede verse en las poesías que compuso cuando joven, y más en sus cartas, en que muestra una lubricidad que espanta. En sus poesías amorosas hay una narrativa que es en este género una verdadera joya. Lleva el título de *Eurialo y Lucrecia*, y pinta con admirable maestría el amor naciente, bien que prohibido, en dos jóvenes, el canciller alemán Gaspar Schlick y una mujer casada, desde la inclinación más inocente hasta la pasión más poderosa, que vence y arrolla, ora con astucia, ora con la fuerza bruta, todas las dificultades y obstáculos que se oponen al logro de sus deseos. Luego pinta la alegría de la victoria, la dicha, los gozos, el dolor que causan las separaciones cortas, y después el hastío del hombre y la insensibilidad con que, satisfecha ya su pasión y cansado, abandona a la mujer, así como el inmenso y siempre renovado dolor de esta. Solo un hombre que ha sentido lo que describe, puede hacer vibrar con esta admirable maestría las cuerdas más ocultas del corazón humano. El hombre puramente sensual es incapaz de esto.

La escena de esta historia es Sena, ciudad que Pío II consideraba como su patria, y por esto la honró y le dió la preferencia en todas ocasiones. Pero no se limitó a hermostrar sus plazas, templos y palacios, sino que su excesivo amor patrio le hizo preferir también para todos los puestos lucrativos a sus paisanos, con gran disgusto especialmente de los romanos, que involuntariamente hacían un paralelo entre él y Nicolás V. Este paralelo le era desfavorable, no solamente a causa del nepotismo escandaloso de Pío II sino probablemente también a causa de no proteger las artes y los artistas con la munificencia de Nicolás, y finalmente, a causa de su frugalidad, verdaderamente espantosa para los cortesanos y altos personajes de entonces. Nicolás V era aficionado a las artes y a la suntuosidad en general, hasta el entusiasmo, y contagiaba a los que le rodeaban, aumentando así la prosperidad de las artes como la de los artistas, mientras Pío II, que en momentos dados podía ser pródigo, admiraba las obras de arte también, pero como conocedor crítico, sin propósito de fomentar las artes directa y deliberadamente con su liberalidad, cuando solo de esta última manera pueden fomentarse de veras las artes y la literatura. Respecto de la sencillez de sus costumbres, basta decir que veraneando en Tívoli habitó un simple casucho que apenas prestaba el abrigo más indispensable contra la intemperie y difícilmente para su manutención y la de las 270 personas que formaban su corte, cosa de siete ducados. Cuando sentía

sed, en sus paseos, pedía sin ceremonia de beber al primer pastor que encontraba, y bebía tranquilamente, con espanto de sus cortesanos, en la humilde y no muy limpia vasija que el pastor le presentaba.

En su relación con el movimiento literario era todavía mayor la diferencia entre los dos papas, porque Nicolás no era escritor sino solamente amigo de las letras para su propia instrucción y recreo, mientras Pío II fué escritor fecundo para recrear e instruir a los demás. Antes de ser papa era conocido como orador, como poeta y como defensor de la autoridad de los concilios. Sus cartas son un manantial precioso para conocer las personas y cosas de su época, por su originalidad, ingenuidad y naturalidad, a pesar de la opinión del alemán Enrique Bebel, que echa de menos en ellas la dignidad y elevación clásicas. Apenas habla de sí mismo, y cuando lo hace es en plural, y esto mucho antes de ser papa.

Enemigo de entretener al lector, especialmente en sus cartas, con fruslerías, y en tono de mera conversación, trata de sucesos políticos y literarios, de cuestiones teológicas, geográficas e históricas, en disertaciones muy difusas, ó cuenta historias como la de Eurialo y Lucrecia, que nada tienen de cartas más que el nombre. En otras describe la Escocia, la ciudad de Basilea y la de Viena, y estas cartas son hoy para nosotros interesantísimas a pesar de algunas monstruosidades etimológicas, como la de derivar el nombre de Viena de *biennio* (suponiendo que César restauró esta ciudad en menos de dos años, después de haberla conquistado) ó de *Flabien*, pronunciación viciosa de *Flavianum*. En todas sus descripciones se nos presenta Eneas Silvio como hombre que sabe ver, observar y presentar una imagen natural y acabada de lo que ha visto, ya acabado, ya en vía de desarrollo.

Este deseo de dar una imagen clara y completa de las cosas, le hace mezclar datos históricos con sus explicaciones geográficas, como sucede en su *Cosmografía* ó historia universal, *Cosmographia vel de mundo universo historiarum liber I*, y en su *Europa* ó historia de Europa (*Historia Europe*). Estos títulos, por lo demás, no corresponden correctamente al contenido, porque la primera, muy lejos de ser una descripción del mundo, no trata más que del Asia, con exclusión de la Palestina, que cabalmente debería haber interesado a un hombre de Iglesia, y sobre todo a un papa, más que los otros países, especialmente cuando habla en la misma obra con predilección del cristianismo. Ateniéndose a lo que asienta en el prólogo, en el cual dice que «a la historia pedimos formalidad y verdad, y solaz a la fábula,» se esfuerza en buscar y profundizar la verdad con una nimiedad que no desprecia la circunstancia más insignificante, y para no cansar al lector, intercala leyendas de los tiempos primitivos de los pueblos que describe, solo como materia recreativa, dejando al lector libre de creerlas ó no. Luego, para variar, pasa a consideraciones políticas, religiosas, morales, melancólicas y otras; así dice, cuando menciona la desaparición de los pinos del monte Ida: «También los árboles mueren; todo es mortal en este mundo.» La segunda obra es menos geográfica que la primera, y trata más de la parte oriental que de la occidental de nuestro continente, empezando donde la *Cosmografía* acaba, es decir, con los turcos. Si bien sería injusto exigir una descripción ó sea «la historia de Europa,» no deja de ser chocante la latitud que da a ciertas relaciones, como la de Juana de Arc, la doncella de Orleans, que realizó su misión con el auxilio divino, «según se cree,» añade. Más chocante es encontrar un capítulo dedicado al famoso Segismundo Malatesta y a los tres antecesores inmediatos del autor en la silla de San Pedro. Al hablar de Alemania, se explaya más en sentido geográfico, lo cual justifica dicen-

do: «Porque los autores antiguos hablan poco de este país y los modernos, al hablar de Alemania, que hasta cierto punto no forma parte del mundo civilizado, refieren a menudo solo fábulas.» Hablando de Sajonia, menciona el marquesado de Brandeburgo, diciendo: «Esta provincia está atravesada por el Sprée, que viene a ser un río como el Tíber, y en cuyas orillas está la ciudad de Berlín.» (*Sprova fluvius equandus Tyberi, Berlinum in ejus littore oppidum jacet.*)

En el día no ofrecen ningún interés las obras que este papa literato escribió sobre la antigüedad, ni su historia de los godos, ni sus difusas disertaciones sobre el origen de los bohemios, ni menos su extracto de las décadas de su protegido el excelente y modesto Flavio Biondo; pero no sucede lo mismo con sus obras históricas, que se refieren a su época; como su *Historia del emperador Federico III*, y sus memorias personales, obras que tienen de común la circunstancia de estar escritas con arreglo a cartas y relaciones de contemporáneos y recuerdos y notas personales del autor e influidas por el humor del momento; todo lo cual ha sufrido, además, un arreglo para adaptarlo a la lengua y buena dicción latinas. Además tienen ambas obras más bien el objeto de entretener que de servir de documentos históricos. La primera, que lleva los títulos: *De vita et rebus gestis Friderici III, é Historia Austriaca*, está trabajada y dispuesta metódicamente, su estilo es correcto y bien limado, con todo el cuidado, mientras las memorias ó *Commentarii rerum memorabilium que temporibus suis contigerunt*, son una masa de materiales poco ordenados y sin pulir, como inspiraciones del momento.

Algo de carácter de memoria tiene también la *Historia de Federico III*, ya que el autor murió 30 años antes que el emperador, y al principio de la obra ya dice claramente que solo se propone narrar minuciosamente aquellos sucesos en que el mismo autor figuró como actor ó que presenció como espectador; como por ejemplo la guerra entre los príncipes y ciudades de Alemania, en los años 1446 hasta 1448; los sucesos de Milán, desde 1447 hasta 1450, y el viaje del emperador a Roma. A pesar de estar dedicada la obra exclusivamente a la historia de Federico III y no obstante las estrechas relaciones que existían entre este y el autor, que a menudo exagera sus méritos y la parte que tomó en los sucesos, no tiene el libro nada de panegírico, sino muy al contrario, habla del emperador, a quien estaba destinado el libro, con ironía transparente cuando se presenta la ocasión. Así, al hablar de su coronación, para la cual sirvieron, según se dijo, el mismo traje y demás objetos que había usado en igual ceremonia Carlo-Magno, dice: «Si eran aquellos adornos de Carlo-Magno, bien puede decirse que ni él ni sus sucesores trataron de lucirse con el traje, sino que debieron de preferir hacerlo con sus obras.»

Si en esta obra el autor exhibe su persona algo más de lo permitido, es natural que en sus memorias ocupe el primer lugar, y así efectivamente resulta, no de una manera indirecta y de rechazo como consecuencia inevitable de los sucesos que describe, sino muy directamente, como quien refiere sucesos que le han pasado ó interesado personalmente. Para que una obra tenga derecho al título de histórica, es preciso que satisfaga alguna de estas condiciones: tener relación íntima con la historia contemporánea y formar una piedra ó parte de la misma historia; suministrar datos exactos y minuciosos sobre los sucesos, con la indicación no menos exacta y completa del tiempo y lugar en que ocurrieron; y a falta de todo esto, ser un retrato, perfectamente caracterizado y escrito con talento, del autor. Nada de esto hay en las memorias de Eneas Silvio, ó sea el papa Pío II. No guardan conexión con la historia coetánea; los datos son dudosos, ya por la tendencia del autor a exhibirse, ya porque solía apun-

tar las cosas cuando casualmente llegaban a su conocimiento, y finalmente, en lugar de dar noticia exacta del tiempo en que ocurrieron ó en que él las supo, se contenta con expresiones vagas como: «Al cabo de algún tiempo, entonces, al poco tiempo, luego, después,» etc. Sin embargo, a pesar de todos estos defectos serán siempre interesantes e importantes estas memorias, porque nos ofrecen la imagen de un hombre notable por muchos conceptos, y las de otros personajes distinguidos, relacionados con él, ó por lo menos contemporáneos suyos.

A excepción de Segismundo de Malatesta, no tenía ningún príncipe soberano de aquel tiempo, por instruido y docto que fuera, una corte de literatos, y mucho menos ocurrió semejante idea al papa Pío II, porque los papas de talento sabían que nada ganaban con los panegíricos y adulaciones de gente pobre, ni con tener a su lado literatos eminentes; por esto concuerdan tácitamente todas las biografías de Pío II en su escasa liberalidad y menor intimidad con los literatos y habilitas. Por lo regular solían quedar chasqueados los que querían explotarle por este lado, y despechada la mayor parte, pasó de las alabanzas poéticas de alto vuelo a las invectivas más violentas. Uno de estos fué Filelfo, que tuvo la constancia de adular a este papa mientras vivió y solo poco antes de su muerte, cuando ya se había convencido de que nada podía obtener, dirigió su pluma venenosa contra él de la manera más villana, y apenas hubo muerto escribió una acción de gracias (*Gratulatio de morte Pii II*).

Uno de los pocos literatos favorecidos por este papa fué Jerónimo Agliotti, que defendió la memoria del difunto con tesón y éxito y ensalzó sus méritos con noble independencia. Había nacido también en Arezzo en el año 1412, y según dice en sus escritos, había sido durante cinco años discípulo de Eneas Silvio. En 1430 fué ordenado cura y vivió muchos años en Roma; en 1445 fué agraciado con la abadía de Arezzo, en cuyo cargo continuó hasta su muerte, que ocurrió en el año 1480. No fué ninguna lumbrera, ni tampoco ninguno de los astros notables de su tiempo, y su correspondencia desde 1433 hasta 1479, que forma nueve libros, consiste en cartas mendicantes, llenas de adulación y grandes cortesías, que dirigió a papas, cardenales, y principalmente a los literatos que vivían en Roma. Son cartas que si algo tienen de interesante, porque para escribirlas no se necesita ser gran literato, es una mezcla de espíritu eclesiástico y de instrucción. Como literato del Renacimiento trataba de tú en sus cartas, al estilo de los antiguos, a todos sus amigos, conocidos y demás personas, y en sus adulaciones compara a uno con Platon por su formalidad, con Aristóteles por su precisión, con Varrón por sus conocimientos vastos y con Cicerón por su elocuencia. Pero no por esto olvida un solo momento su carácter eclesiástico, pues en cartas y tratados defiende las instituciones monacales y al propio tiempo pide que vayan a la par la devoción y la educación intelectual. En su opinión, los eclesiásticos no deben ser poetas, porque dice que los que se dedican a Cristo no deben inventar nada, pero quiere que el clero estudie los autores antiguos, con lo cual no podrá sino ganar toda la clase. Agliotti presiente que la Iglesia necesita elevarse si quiere evitar grandes males que la han de sobrevenir más ó menos tarde, como lo había profetizado ya el fraile carmelita Cirilo. Agliotti conocía esta profecía, y escribió que más le gustaría reservársela para sí que descorazonar y dar con ella disgusto a otros.

Entre las cartas de Agliotti hay varias dirigidas a Juan Antonio Campano, que era el único poeta oficial en la corte de Pío II. Físicamente Campano era feísimo, hasta horroroso, pero inteligente y de mucho ingenio. Hijo de un siervo de Campania, había estudiado en Nápoles y conseguido